

© Edmundo Valadés
Noviembre 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

Esta publicación es financiada con los recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad AC. Es de distribución gratuita.

Agradecemos a Adriana Quiroz por permitirnos la publicación de los textos que integran esta antología.

**LA MUERTE
TIENE PERMISO
Y MÁS...**

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

EDMUNDO VALADÉS

PRÓLOGO

Sin Edmundo Valadés la literatura mexicana no habría podido madurar como se debe. A mediados del siglo XX impulsó al cuento como género madre para una genuina apropiación por las letras, de lo que el movimiento armado desató en 1910. Nuestra posrevolución conservaba las cicatrices que produjeron diez años de lucha sin cuartel y añadía nuevas, resultado de un proceso inacabado cuando el Constitucionalismo se levantó triunfante. Las décadas de 1920 y 1930 fueron casi tan intensas como aquél y la Dictadura perfecta que nació a continuación estaba también atravesada por gruesas heridas.

Si la narrativa era incapaz de traducir procesos de tales dimensiones, ¿cuándo daría el salto que necesitaba? En 1939 Valadés fundó una revista llamada, justamente, *El cuento*, en la cual, empezando por él mismo, reuniría a una espléndida generación de escritores (Juan Rulfo, Juan José Arreola, Augusto Monterroso, Octavio Paz, entre otros muchos), que luego de una relativa corta vida volvería a editar en 1964. Con ello se comprometía a la necesaria labor complementaria: crear lectores. Antologaría cuanto pudiese, tejiendo puentes hacia la literatura universal (Jacinto Benavente, Thomas Mann, Anatole France, Rudyard Kipling, Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez...).

La muerte tiene permiso, el cuento que más sigue identificándolo, es una obra maestra del género en México. Nuestro pueblo rebelde asoma allí mejor que nunca, quizá. Ese pequeño, maravilloso texto, preside la antología que

presentamos. *Un misterio en el aire* es una mirada desde la modernidad. La muerte vuelve a sentar sus reales entre los vivos durante el soplo (página y media) de *Estuvo en la guerra*, otros relatos avanzan sobre el microcuento, así tal vez más eficientes, y algunos más, como *Todos se han ido a otro planeta*, muestran cuán lejos llegó nuestro autor en su búsqueda.

Don Edmundo (1915-1994) nació en Guaymas, Sonora. Agradecemos a Adriana Quiroz, su viuda, por permitirnos la publicación de los textos que integran la antología.

PARA LEER EN LIBERTAD AC
Noviembre 2017

LA MUERTE TIENE PERMISO

Sobre el estrado, los ingenieros conversan, ríen. Se golpean unos a otros con bromas incisivas. Sueltan chistes gruesos cuyo clímax es siempre áspero. Poco a poco su atención se concentra en el auditorio. Dejan de recordar la última juerga, las intimidaciones de la muchacha que debutó en la casa de recreo a la que son asiduos. El tema de su charla son ahora esos hombres, ejidatarios congregados en una asamblea y que están ahí abajo, frente a ellos.

—Sí, debemos redimirlos. Hay que incorporarlos a nuestra civilización, limpiándolos por fuera y enseñándolos a ser sucios por dentro...

—Es usted un escéptico, ingeniero. Además, pone usted en tela de juicio nuestros esfuerzos, los de la Revolución.

—¡Bah! Todo es inútil. Estos hijos son irredimibles. Están podridos en alcohol, en ignorancia. De nada ha servido repartirles tierras.

—Usted es un superficial, un derrotista, compañero. Nosotros tenemos la culpa. Les hemos dado las tierras, ¿y

qué? Estamos ya muy satisfechos. Y el crédito, los abonos, una nueva técnica agrícola, maquinaria, ¿van a inventar ellos todo eso?

El presidente, mientras se atusa los enhiestos bigotes, acariciada asta por la que iza sus dedos con fruición, observa tras sus gafas, inmune al floreteo de los ingenieros. Cuando el olor animal, terrestre, picante, de quienes se acomodan en las bancas, cosquillea su olfato, saca un paliacate y se suena las narices ruidosamente. Él también fue hombre del campo. Pero hace ya mucho tiempo. Ahora, de aquello, la ciudad y su posición sólo le han dejado el pañuelo y la rugosidad de sus manos.

Los de abajo se sientan con solemnidad, con el recogimiento del hombre campesino que penetra en un recinto cerrado: la asamblea o el templo. Hablan parcamente y las palabras que cambian dicen de cosechas, de lluvias, de animales, de créditos. Muchos llevan sus itacates al hombro, cartucheras para combatir el hambre. Algunos fuman, sossegadamente, sin prisa, con los cigarrillos como si les hubieran crecido en la propia mano.

Otros, de pie, recargados en los muros laterales, con los brazos cruzados sobre el pecho, hacen una tranquila guardia.

El presidente agita la campanilla y su retintín diluye los murmullos. Primero empiezan los ingenieros. Hablan de los problemas agrarios, de la necesidad de incrementar la producción, de mejorar los cultivos. Prometen ayuda a los ejidatarios, los estimulan a plantear sus necesidades.

—Queremos ayudarlos, pueden confiar en nosotros.

Ahora, el turno es para los de abajo. El presidente los invita a exponer sus asuntos. Una mano se alza, tímida. Otras la siguen. Van hablando de sus cosas: el agua, el cacique, el crédito, la escuela. Unos son directos, precisos; otros se enredan, no atinan a expresarse. Se rascan la cabeza y vuelven el rostro a buscar lo que iban a decir, como si la idea se les hubiera escondido en algún rincón, en los ojos de un compañero o arriba, donde cuelga un candil.

Allí, en un grupo, hay cuchicheos. Son todos del mismo pueblo. Les preocupa algo grave. Se consultan unos a otros: consideran quién es el que debe tomar la palabra.

—Yo crioque Jilipe: sabe mucho...

—Ora, tú, Juan, tú hablaste aquella vez...

No hay unanimidad. Los aludidos esperan ser empujados. Un viejo, quizá el patriarca, decide:

—Pos que le toque a Sacramento...

Sacramento espera.

—Ándale, levanta la mano...

La mano se alza, pero no la ve el presidente. Otras son más visibles y ganan el turno. Sacramento escudriña al viejo. Uno, muy joven, levanta la suya, bien alta. Sobre el bosque de hirsutas cabezas pueden verse los cinco dedos morenos, terrosos. La mano es descubierta por el presidente. La palabra está concedida.

—Órale, párate.

La mano baja cuando Sacramento se pone en pie. Trata de hallarle sitio al sombrero. El sombrero se transforma en un ancho estorbo, crece, no cabe en ningún lado. Sacramento se queda con él en las manos. En la mesa hay señales de impaciencia. La voz del presidente salta, autoritaria, conminativa:

— A ver ése que pidió la palabra, lo estamos esperando.

Sacramento prende sus ojos en el ingeniero que se halla a un extremo de la mesa. Parece que sólo va a dirigirse a él; que los demás han desaparecido y han quedado únicamente ellos dos en la sala.

— Quiero hablar por los de San Juan de las Manzanas. Traimos una queja contra el Presidente Municipal que nos hace mucha guerra y ya no lo aguantamos. Primero les quitó sus tierritas a Felipe Pérez y a Juan Hernández, porque colindaban con las suyas. Telegrafiamos a México y ni nos contestaron. Hablamos los de la congregación y pensamos que era bueno ir al Agrario, pa la restitución. Pos de nada valieron las vueltas ni los papeles, que las tierritas se le quedaron al Presidente Municipal.

Sacramento habla sin que se alteren sus facciones. Pudiera creerse que reza una vieja oración, de la que sabe muy bien el principio y el fin.

— Pos nada, que como nos vio con rencor, nos acusó quesque por revoltosos. Que parecía que nosotros le habíamos quitado sus tierras. Se nos vino entonces con eso de las cuentas; lo de los préstamos, señor, que dizque andábamos atrasados. Y el agente era de su mal parecer, que teníamos que pagar hartos intereses. Crescencio, el que vive por la loma, por ai donde está el aguaje y que le intelige a eso de los números, pos hizo las cuentas y no era verdá: nos querían cobrar de más. Pero el Presidente Municipal trajo unos señores de México, que con muchos poderes y que si no pagábamos nos quitaban las tierras. Pos como quien dice, nos cobró a la fuerza lo que no debíamos...

Sacramento habla sin énfasis, sin pausas premeditadas. Es como si estuviera arando la tierra. Sus palabras caen como granos, al sembrar.

—Pos luego lo de m'ijo, señor. Se encorajinó el muchacho. Si viera usted que a mí me dio mala idea. Yo lo quise detener. Había tomado y se le enturbió la cabeza. De nada me valió mi respeto. Se fue a buscar al Presidente Municipal, pa reclamarle... Lo mataron a la mala, que dizque se andaba robando una vaca del Presidente Municipal. Me lo devolvieron difunto, con la cara destrozada...

La nuez de la garganta de Sacramento ha temblado. Sólo eso. Él continúa de pie, como un árbol que ha afianzado sus raíces. Nada más. Todavía clava su mirada en el ingeniero, el mismo que se halla al extremo de la mesa.

—Luego, lo del agua. Como hay poca, porque hubo malas lluvias, el Presidente Municipal cerró el canal. Y como se iban a secar las milpas y la congregación iba a pasar mal año, fuimos a buscarlo; que nos diera tantita agua, señor, pa nuestras siembras. Y nos atendió con malas razones, que por nada se amuina con nosotros. No se bajó de su mula, pa perjudicarnos...

Una mano jala el brazo de Sacramento. Uno de sus compañeros le indica algo. La voz de Sacramento es lo único que resuena en el recinto.

—Si todo esto fuera poco, que lo del agua, gracias a la Virgencita, hubo más lluvias y medio salvamos las cosechas, está lo del sábado. Salió el Presidente Municipal con los suyos, que son gente mala, y nos robaron dos muchachas: a Lupita, la que se iba a casar con Herminio, y a la hija

de Crescencio. Como nos tomaron desprevenidos, que andábamos en la faena, no pudimos evitarlo. Se las llevaron a fuerza al monte y así las dejaron tiradas. Cuando regresaron las muchachas, en muy malas condiciones, porque hasta de golpes les dieron, ni siquiera tuvimos que preguntar nada. Y se alborotó la gente de a de veras, que ya nos cansamos de estar a merced de tan mala autoridad.

Por primera vez, la voz de Sacramento vibró. En ella latió una amenaza, un odio, una decisión ominosa.

—Y como nadie nos hace caso, que a todas las autoridades hemos visto y pos no sabemos dónde andará la justicia, queremos tomar aquí providencias. A ustedes —y Sacramento recorrió ahora a cada ingeniero con la mirada y la detuvo ante quien presidía—, que nos prometen ayudarnos, les pedimos su gracia para castigar al Presidente Municipal de San Juan de las Manzanas. Solicitamos su venia para hacernos justicia por nuestra propia mano...

Todos los ojos auscultan a los que están en el estrado. El presidente y los ingenieros, mudos, se miran entre sí. Discuten al fin.

—Es absurdo, no podemos sancionar esta inconcebible petición.

—No, compañero, no es absurda. Absurdo sería dejar este asunto en manos de quienes no han hecho nada, de quienes han desoído esas voces. Sería cobardía esperar a que nuestra justicia hiciera justicia, ellos ya no creerán nunca más en nosotros. Prefiero solidarizarme con estos hombres, con su justicia primitiva, pero justicia al fin; asumir con ellos la responsabilidad que me toque. Por mí, no nos queda sino concederles lo que piden.

—Pero somos civilizados, tenemos instituciones; no podemos hacerlas a un lado.

—Sería justificar la barbarie, los actos fuera de la ley.

—¿Y qué peores actos fuera de la ley que los que ellos denuncian? Si a nosotros nos hubieran ofendido como los han ofendido a ellos; si a nosotros nos hubieran causado menos daños que los que les han hecho padecer, ya hubiéramos matado, ya hubiéramos olvidado una justicia que no interviene. Yo exijo que se someta a votación la propuesta.

—Yo pienso como usted, compañero.

—Pero estos tipos son muy ladinos, habría que averiguar la verdad. Además, no tenemos autoridad para conceder una petición como ésta.

Ahora interviene el presidente. Surge en él el hombre del campo. Su voz es inapelable.

—Será la asamblea la que decida. Yo asumo la responsabilidad.

Se dirige al auditorio. Su voz es una voz campesina, la misma voz que debe haber hablado allá en el monte, confundida con la tierra, con los suyos.

Se pone a votación la proposición de los compañeros de San Juan de las Manzanas. Los que estén de acuerdo en que se les dé permiso para matar al Presidente Municipal, que levanten la mano...

Todos los brazos se tienden a lo alto. También las de los ingenieros. No hay una sola mano que no esté arriba, categóricamente aprobando. Cada dedo señala la muerte inmediata, directa.

—La asamblea da permiso a los de San Juan de las Manzanas para lo que solicitan.

Sacramento, que ha permanecido en pie, con calma, termina de hablar. No hay alegría ni dolor en lo que dice. Su expresión es sencilla, simple.

—Pos muchas gracias por el permiso, porque como nadie nos hacía caso, desde ayer el Presidente Municipal de San Juan de las Manzanas está difunto.

UN MISTERIO EN EL AIRE

A Mempo Giardinelli

La aeromoza, arreglándose el cabello, llegó con retraso al aeropuerto y con prisa nerviosa, cuidando la estabilidad de sus pasos, se dirigió al avión en que daría servicio. Los pasajeros, ya instalados en sus sitios, cerraban los cinturones de seguridad, pues acababan de subir al bimotor Hawter Sidley, que los llevaría de Seattle a Miami en un viaje particular. Reprendida por el piloto, que esperaba, en punto de impacientarse en lo alto de la escalerilla, pero más en actitud amistosa que severa, asumió sus tareas. Comprobó el número de personas enlistadas, diez nada más, y acomodadas a su gusto, ante las opciones que permitían asientos vacíos.

Ella había pasado la noche en una larga reunión muy divertida, casi destrampada, con consumo excesivo de bebidas y pase de cigarrillos de mariguana. El ambiente, tan-

to por la intención provocativa de las conversaciones, casi siempre en el tema de las cuestiones sexuales o eróticas, como por incitaciones en los momentos bailables, propicios a los apretones corpóreos y a los besos y a los tocamientos audaces, estimulaba convertirse en orgía.

La hora avanzada, — casi amanecía —, y el compromiso de cumplir un vuelo poco después, la armaron de resistencia — con gran esfuerzo — para no irse al departamento de quien acabó por ser su pareja, oponiendo un no desesperado a la invitación para acostarse juntos.

Encanto preparaba el servicio, su ánimo, por la resaca alcohólica, el estímulo de la yerba y la desvelada era, al mismo tiempo, como estar en una irrealidad y mantener una lucidez capaz de ver su entorno con otros ojos, con el deseo de acercarse a experiencias fascinantes — así fueran inconcretas — y confundirse con la novedad existencial que parecía rodearla ahora, en dilatada dimensión, allí en el aire, en el espacio lejos de lo terreno, de lo rutinario, del mundo estrecho de abajo. Era tener la llave para abrir las puertas de lo dionisiaco, de lo mágico, en donde lo más inesperado podría suceder.

Después de que el avión se elevó, recorrió el pasillo ofreciendo bebidas, café y sandwiches. Los pasajeros, en grupos aislados de conversaciones, indicaban una familiaridad o relaciones amistosas de quienes se reúnen para un viaje de placer o de negocios. Poco a poco, los fue ubicando, sin poner atención especial en alguno de ellos, salvo en el pasajero instalado en uno de los últimos asientos, cerca del lavabo, porque a pesar de los grandes anteojos oscuros que le velaban media cara, tuvo la impresión momentánea, ante

ciertos rasgos perceptibles, de recordarle a alguien conocido. Su duda fue fugaz, sin atinar en la identidad de quien le había despertado volátil curiosidad, incapaz de concentrarse en averiguarla, curiosidad que se disipó del todo, atraída por sus íntimas sensaciones.

Cuando uno de los pasajeros le solicitó un café, al volver con la charola en que puso la jarra y la taza, le pareció extraño que no estuviera en su asiento. No lo había visto pasar, si es que había ido al baño. Regresó al gabinete de servicio, y desprendida de lo cercano, con ganas de salir del avión y flotar sobre las sedantes nubes, las contempló un instante por una de las ventanillas, viendo cómo navegaban en el espacio, y calculando en ellas colchones prodigiosos que alentaban a caer en ellas y compartir su bello viaje.

La sensación de irrealidad que seguía invadiéndola, tuvo un corte súbito: mirando hacia el pasillo cayó en extraña confusión, pues las cabezas salientes en el borde de los asientos ocupados y visibles desde su sitio, no aparecían ya. No era posible que los pasajeros estuvieran juntos en el baño. No. Con azoro, su desconcierto le produjo un sobresalto, inicial alarma, porque lo que pudo verificar, al recorrer el pasillo en urgente averiguación, era que los pasajeros habían desaparecido, esfumados increíblemente, con excepción del único localizable: el de los grandes anteojos, y a quien pensó recurrir para juntarle la ausencia absurda de los demás. Sin cumplir su impulso, por una involuntaria reserva de último momento, y en trance de vivir lo más incomprensible, con un temor creciente de quizás padecer una alucinación o de estar perdiendo el control de los sentidos, se encaminó casi corriendo, exhausta, hacia el

comando de la nave, para frenar el alud de la angustia que la torturaba, en busca de una explicación liberadora.

Lo más terrible, y que la empujó al umbral de la histeria, fue lo que vio: la cabina estaba vacía, vacíos los asientos del piloto y el copiloto. El avión volaba por sí solo, sin guía humana, como fantasma metálico en la inmensidad del cielo. Haciendo un esfuerzo inconmensurable, porque cerrar los ojos o caer desvanecida era como morir, sin tener respuesta que equivalía a su razón de vivir, la última esperanza de no gritar y perderse en el pánico, tuvo ánimos para volver a la última y única posibilidad de librar la locura y el espanto: al hombre de los anteojos oscuros.

Él estaba allí, en su asiento, y se los había quitado, viéndola con una semisonrisa entre apenada y explicativa, como pidiendo excusas. De golpe, con el corazón para estallar, al poder ella ver su rostro entero, su identidad se le restituyó, íntegra, cabal, esa identidad difundida en la televisión tantas veces. En una vuelta resucitadora a la realidad, a la lógica del mundo conocido, a su comprensión, disuelto el turbador misterio, sólo pudo balbucir, como oración salvadora:

— ¡David Copperfield, el mago!

ESTUVO EN LA GUERRA

De pronto, todas las cabezas desaparecieron. Abrió más los ojos. Trató de perforar con la mirada la luz de los reflectores implacables. Sobre el campo, los jugadores corrían. De pronto, todas las cabezas desaparecieron. Abrió más los ojos. Trató de ver en todas direcciones. Un sordo, pavoroso clamor envolvía sus cuerpos sin cabezas. Agitaban sus brazos confusamente. Como si dirigieran su propia macabra danza. La danza macabra.

Él estaba tenso. El ruido martilleaba sus tímpanos. Creció su miedo. Ahora los rostros giraban en la cancha. Reflejaban un terror indescriptible. Su propio terror. No perseguían la pelota. Huían desesperados. Brincaban absurdamente. Con el salto mortal del soldado. Desaparecían. Volvían a emerger. Volaban. Destruídos en pedazos al chocar unos contra otros.

Empezó a oír el graznido de las ametralladoras. El ruido del mar. El ruido del miedo. El silbatazo de ataque.

Y gritos. Gritos espantosos que le taladraban la espina dorsal. ¿Llegaría a disparar por fin el cañón camuflado bajo la malla del arco?

Reaparecieron las cabezas y los cuerpos. Las cabezas subían y bajaban las gradas. Saltaban a la izquierda y a la derecha. Uno, dos. Uno, dos. A la derecha y a la izquierda. Uno, dos. Rodaban unas sobre otras. Saltaban unas sobre otras. Uno, dos. Lo aplastaban. Iban a aplastarlo. Uno, dos. Y los gritos...

Se lanzó por las escaleras. A ganar la playa. A esconderse en las trincheras. La salida. A empujones. Empujando los cadáveres móviles que cerraban el paso.

La puerta. La plaza. Arriba, siempre el cielo. El cielo. Detuvo el taxi: al hotel.

Cerró los ojos. Los abrió de nuevo. ¿Y el chofer? Había desaparecido. Él iba solo sobre el tanque que devoraba las avenidas. Traspasaba los muros. Se estrellaba contra los árboles. Mil reflectores enfocaban su marcha. Más aprisa. Aprisa.

Luego, lo de siempre: el silencio largo.

“¿Le pasa algo?”

Pagó. Entró en el hotel. A su cuarto.

Se desplomó sobre la cama.

A gemir la paz definitivamente perdida para él.

FINAL

De pronto, como predestinado por una fuerza invisible, el automóvil respondió a otra intención, enfilado hacia imprevisible destino, sin que mis inútiles esfuerzos logaran desviar la dirección para volver al rumbo que me había propuesto.

Caminamos así, en la noche y el misterio, en el horror y la fatalidad, sin que yo pudiera hacer nada para oponerme.

El otro ser paró el motor, allí en un sitio desolado.

Alguien que no estaba antes, me apuntó desde el asiento posterior con el frío implacable de un arma. Y su voz definitiva, me sentenció.

— ¡Prepárate al fin de este cuento!

LA INCRÉDULA

Sin mi mujer a mi costado y con la excitación de deseos sacuciosos y perentorios, arribé a un sueño obseso. En él se me apareció una, dispuesta a la complacencia. Estaba tan pródigo, que me pasé en su compañía de la hora nona a la hora sexta, cuando el canto del gallo. Abrí luego los ojos y ella misma, a mi diestra, con sonrisa benévola, me incitó a que la tomara. Le expliqué, con sorprendida y agotada excusa, que ya lo había hecho.

—Lo sé —respondió—, pero quiero estar cierta.

Yo no hice caso a su reclamo y volví a dormirme, profundamente, para no caer en una tentación irregular y quizás ya innecesaria.

LA MARIONETA

El marionetista, ebrio, se tambalea mal sostenido por invisibles y precarios hilos. Sus ojos, en agonía alucinada, no atinan la esperanza de un soporte.

Empujado o atraído por un caos de círculos y esguinces, trastabilla sobre el desorden de un camerino, eslabona angustias de inestabilidad, oscila hacia el vértigo de una inevitable caída. Y en última y frustrada resistencia, se despeña al fin como muñeco absurdo.

La marioneta —un payaso cuyo rostro de madera asoma, tras el guiño sonriente, una nostalgia infinita— ha observado el drama de quien le da transitoria y ajena locomoción. Sus ojos parecen concebir lágrimas concretas, incapaz de ceder al marionetista la trama de los hilos con los cuales él adquiere movimiento.

¿POR QUÉ?

En el sueño, fascinado por la pesadilla, me vi alzando el puñal sobre el objeto de mi crimen.

Un instante, el único instante que podría cambiar mi designio y con él mi destino y el de otro ser, mi libertad y su muerte, su vida o mi esclavitud, la pesadilla se frustró y estuve despierto.

Al verme alzando el puñal sobre el objeto de mi crimen, comprendí que no era un sueño volver a decidir entre su vida o mi libertad, entre su muerte o mi esclavitud.

Cerré los ojos y asesté el golpe.

¿Soy preso por mi crimen o víctima de un sueño?

MEMORIA

Cuando alguien muere, sus recuerdos y experiencias son concentrados en una colosal computadora, instalada en un planeta invisible. Allí queda la historia íntima de cada ser humano, para propósitos que no se pueden revelar.

Enfermo de curiosidad, el diablo ronda alrededor de ese planeta.

POBREZA

Los senos de aquella mujer, que sobrepasaban pródigamente a los de una Jane Mansfield, le hacían pensar en la pobreza de tener únicamente dos manos.

SUEÑO

Sentada ante mí con las piernas entreabiertas, columbro
la vía para cumplir mi sueño de cosmonauta: arribar a
Venus.

LA BÚSQUEDA

Esas sirenas enloquecidas que aúllan recorriendo la ciudad en busca de Ulises.

TODOS SE HAN IDO A OTRO PLANETA

Hay minutos en que todo parece escaparse de las manos. El día ha sido como un cheque sin fondos. Hemos caminado de prisa y de pronto nos detiene una duda: ¿dónde vamos? Resulta que no lo sabemos. Una bruma desconsoladora nos envuelve. Creemos que los anuncios luminosos y las lámparas de los arbotantes no han sido bien encendidos. Suponemos que el mundo es demasiado grande y que no lo habita nadie. Algo así como si todos sus habitantes se hubieran ido a pasear a otro planeta. La soledad nos sobrecoge de improviso. Y con ella, el deseo punzante de hacer algo indefinible, desde tomar una taza de café hasta realizar una hazaña heroica. Y no es ni lo uno ni lo otro. Buscamos dentro de nosotros mismos, nos interrogamos: ¿qué será? No se atina con la respuesta. Contempla uno la vida y la compara a una botica, en la que hay de todo. Sin embargo, no tenemos la receta. No puede saberse la medicina. Es el vacío.

Esa noche, Epigmenio no tenía la receta. Era uno de esos días en que los pequeños y apurados planes que hace cualquiera para tener una meta inmediata a la que asirse, para salvarse del vacío, le habían fallado. La muchacha que pretendía enamorar había faltado a la cita. Por esperarla, se pasó la hora de ir al cine a ver una película del Indio Fernández. En el café, la tertulia de amigos se había disuelto. Así como las grandes calamidades se desatan simultáneamente, esas minúsculas que cercan a los hombres a determinada hora y hacen también su daño, se habían desatado contra Epigmenio. En ese momento, se sentía el único habitante sobre la tierra.

Esta sensación no es nada grata. Si se carece de imaginación o se la posee en exceso, lo más fácil es resbalar hacia una cantina. Epigmenio decidió entrar en la más cercana y tomar algo fuerte. Ante el bar, con un pie en el “estribo”, Epigmenio se puso a pensar. ¿Había perdido algo? Cuando alguien se hace esas preguntas precisamente frente a la barra de una cantina, lo inevitable es que pida otra copa. Y que se siga con una docena. Normalmente, a la duodécima, ese hombre se ha salvado inesperadamente no se sabe por qué milagros del alcohol. Se siente feliz en la tierra y la ve poblada otra vez por sus habitantes, sus esperanzas, sus alegrías. Hasta descubre desconocidos e interesantes seres. Charla con cualquier ser humano, le surge una ternura inusitada por el cantinero, todas las mujeres se convierten en fáciles amores. Así son a veces las penas humanas. Lo grave para Epigmenio fue que a la duodécima copa se sintió más solo. Y un hombre que se siente solo después de haber bebido doce

copas y ya frente a la decimotercera, es todo un drama. Es que ese hombre está verdaderamente solo.

Posiblemente Epigmenio lo ignoraba. La soledad es una revelación, como la urticaria. Uno está muy bien. De repente, hay una comezón terrible en toda la piel. Es la urticaria que brotó por cualquier secreta alergia. Así la soledad. Uno ni siquiera la supone. Se vive, se es, a pesar de todo, más o menos feliz. Pero un minuto, un instante, porque faltó una chica a la cita, porque no se pudo ir al cine, porque no se encontró a ningún amigo en el café, y ¡ahí está la soledad! Y tan inútil como rascarse, cuando la urticaria, sin que se calme, así la soledad: la escarba uno creyendo que es pura imaginación y se exagera. Ya será difícil que se ahuyente. Epigmenio comprendió: no se sentía solo, estaba solo.

La revelación, a pesar de la niebla del vino, fue dolorosa. Para escapar de su daño, Epigmenio intentó buscar compañía. Cerciorarse de que no estaba solo en el mundo. Creía que no tendría arriba de dos horas en la cantina. Pero las barras de las cantinas comprueban la teoría de la relatividad: cuando pudo descifrar el reloj, calculó que habían transcurrido cerca de tres horas. Era más de la medianoche. A esa hora, un hombre con trece copas que descubre su soledad y busca compañía, si es soltero, por lo general nada más tiene un sitio donde encontrarla: en un cabaret. Epigmenio salió de La Mundial y enfiló hacia el Waikiki.

Había estado allí hacía cuatro noches. Entonces no por sentirse solo, sino porque deseaba a una muchacha. Usted sabe: esas cosas inevitables que han creado muchachas que van a los cabarets para que las inviten los clientes. La

muchacha que Epigmenio invitó esa pasada noche resultó ser muy agradable. Bastante bonita. Además, capaz de dar algo que no debe esperarse: un poco de ternura. Y mostró hacia Epigmenio una cálida simpatía. Y otras cosas que no hay que decir, porque resultarían indiscretas.

Epigmenio llegó al Waikiki. Allí, por si usted no lo sabe, hay muchas mesas y, alrededor de ellas, esperando a un anfitrión ideal, las muchachas. Las malas muchachas, como hay que nombrarlas para diferenciarlas de esas conocidas como las buenas muchachas. Las malas se ganan la vida bebiendo con quienes las invitan. Por cada copa que toman, la casa les da una “ficha”. Cada “ficha” vale un peso cincuenta centavos. (Creo que ante la carestía de la vida, también las fichas están revalorizadas.) Cuanto más las invitan, más “fichas” obtienen. Consecuentemente, más dinero. A ellas les gusta, naturalmente, que quien las invite les convide muchos tragos. Por otro lado, pueden gustarle al cliente. El cliente las invita a ir a dormir. Si a la muchacha no le interesa más que el negocio, acepta ir por un rato. Si el cliente le gusta o se gana su simpatía, puede quedarse dormida hasta el otro día. Claro, si no hay un amigo que les lleve la cuenta. Todo esto es muy variable. Habría que hablar mucho sobre ello. Si alguna vez usted y yo podemos ir juntos a un lugar de esos, allí, frente a una mesa, podremos platicar largamente del asunto.

Cuando Epigmenio entró en el cabaret, las cosas empeoraron. Aquello estaba poco concurrido. Nada más unas cuantas parejas perdidas entre tanta mesa. Las mesas están frente a la pista, donde se baila, todas con un albo mantel y cuatro sillas bien acomodadas. Epigmenio fue a sentar-

se precisamente en el centro. Solo. Apoyó el codo sobre la mesa y la cara sobre la mano, tratando de que sus miradas pudieran adivinar si lo que aparecía ante ellas era un objeto o una persona. Y si era persona, si tenía la forma de Sylvia. Sylvia, la muchacha que había aceptado su invitación hacía cuatro noches y se había dormido hasta el día siguiente. La recordó, concentrándose. La concentración se convirtió en algo intenso: tuvo la certeza de que, si ella estaba allí y aceptaba otra invitación, dejaría de sentirse solo. Con la presencia de Sylvia volvería el mundo a poblarse. Pero no podía concretarla entre las formas desdibujadas de ésta o aquella muchacha cuyos contornos, líneas y perfil no llegaban a adquirir, ante sus ojos miopes por el alcohol, una identidad, un nombre, una esperanza.

El señor que atiende el cabaret y que dirige a los meseros como hábil estratega, amablemente se acercó a preguntarle qué deseaba. Es un señor muy diligente que va y que viene, incansable, arreglando que ningún mantel esté fuera de centro y que las sillas estén en su sitio. Debe haber supuesto que algo grave le ocurría a Epigmenio, porque le hizo la pregunta con cordial simpatía, como tratando de consolarlo. Epigmenio no acertó a decirle que quería una muchacha y que esa muchacha debería ser exactamente Sylvia. Y que si Sylvia no estaba, él daría cualquier cosa por encontrarla. Y que si no la encontraba, podría suceder una catástrofe: que no volviera la gente a la tierra. Y que entonces querría no una copa, sino una botella. Por eso, Epigmenio no pudo decir nada. El señor, con mucha experiencia, le aconsejó un jaibolito. Es más, aclaró que era una invitación suya.

La orquesta inició ruidosamente un danzón. Ése de “píntame de colores, para que me digan Supermán”. Las pocas parejas que se hallaban en los gabinetes laterales —se nos olvidaba precisar que lateralmente, empotrados en la pared, hay esos gabinetes abiertos— principiaron el baile, deslizándose por la pista o desbocándose por ella. Según los temperamentos, claro. De pronto, como una vaporosa aparición, Epigmenio descubrió el rostro de Sylvia por sobre el hombro del caballero que la apretujaba. Sylvia también lo vio y respondió a su mirada con otra indefinible. Podría decir “por qué no has venido”, “por qué no me avisaste que vendrías” o “me da igual que hayas venido”.

Epigmenio se sintió perdido. Si Sylvia estaba con otro caballero, lo seguro es que no podría venir con él. Las pequeñas calamidades continuaban aglomerándose. Cuando cesó la música, vio cómo Sylvia era llevada por su compañero hasta un gabinete. Y cómo se sentaba muy cerquita de ella y casi la besaba al hablarle, tal vez repitiéndole las mismas palabras que el propio Epigmenio dejara caer la otra vez en los oídos de Sylvia. No había duda: la debía estar invitando a ir a dormir. Y esa invitación, no hecha por él, era toda una pena. Una pena honda. Una pena de ésas que en un descuido dan de qué hablar.

Epigmenio soslayó cómo Sylvia se levantaba. ¿Habría aceptado? Vio cómo llegaba hasta el mostrador, visible desde su mesa, donde les cambian las “fichas” al irse. Como si algo le apretara dentro, lastimándole quién sabe qué víscera, Epigmenio dejó de ver a Sylvia. Clavó los ojos sobre la pista y se sintió el más desgraciado de los hombres. Esa desgracia implicaba la sensación de que Sylvia era

mucho más bonita, con sus grandes ojos abiertos y su boca carnosa, con su blusa blanca muy escotada y sus cabellos sueltos. No pudo evitarlo: recordó cosas muy íntimas. Vamos, Epigmenio estuvo seguro de que daría cualquier cosa por tenerla a su lado, que haría cualquier cosa porque se fuera con él.

Hubo algo que lo detuvo. Sí, el tipo que estaba esperándola. El tipo que se iba a dormir con ella. Había un trato de por medio que no podía ya romperse. Sylvia estaba comprometida. Y él sabía que ese compromiso es como el aval de una letra de cambio. Quién sabe por qué, pero Epigmenio pensó: "La soledad es un desierto. Soy un cactus en ese desierto."

¿Y esto? Epigmenio sintió que una figura se acercaba hacia él. Muy extraño. ¿Sylvia? Sí, Sylvia venía hacia su mesa. ¿Qué podría ser? Bueno, no quedaba más que el disimulo, para evitar un error. Sylvia estaba ya junto a él. Sin decirle nada, se inclinó un poco y le dio un beso en la mejilla. Nada más. Ella se había ido. Estaba saliendo ya, con el tipo ése. Epigmenio sentía el beso, cálido, lleno de ternura, infalsificable. Decididamente, un beso con magia. El beso espontáneo de una mala muchacha llamada Sylvia. Un beso que había logrado de pronto que todas las gentes regresaran a la tierra del paseo por otro planeta. La tierra estaba poblada otra vez por millones de hombres, por animales, por casas. Por risas y lágrimas. Por todo eso que es la vida.

AL JALAR DEL GATILLO

La muchaha está ahí, como caña escapada del cañaveral. Inclínada sobre el pozo, al sacar el agua, el escote anticipa la rotunda insinuación de cada pecho. Los ojos quemantes de don Rafa adivinan lo demás. Cóleras y resentimientos de plomo líquido funden su odio. Todo el rencor concentrado de un instinto de ignición al que se le opone algo.

Don Rafa se decide.

Sin separar la vista de donde la tiene prendida, su voz sorprende al muchacho que barre el patio.

—A ver, Pancho, ¡que me busquen al *Cacarizo*! Lo necesito aquí, prontito.

Mientras Pancho, como si la orden fuera un aguijón, sale corriendo, la mirada de don Rafa ensaya convertirse en tacto. Perfora la untuosa tela del vestido que aprieta las formas incitantes de la muchacha que saca el agua del pozo. Don Rafa siente que la sangre le corre por las venas como

lava furiosa. Su corazón le golpea el pecho, eco violento de todo su sexo, clamando por ese otro sexo.

Don Rafa ha perdido la cabeza. Vuelve la cara a contemplar las esbeltas cañas que mecen sus crestas en una danza que organiza el viento y le parece que ella, la muchacha, es la más esbelta caña del cañaveral. Todo daría por tenerla, por esa caña que se mece en la vida. Él podría cortarla si no anduviera de por medio el entrometido ése de Gabriel, que se ha ganado a la muchacha raspando la guitarra y cantándole canciones que llegan muy hondo. Él ha descubierto cómo la inquieta cuando viene dizque a saludar. Y cómo ella se queda tarareando las canciones que Gabriel cantó ahí ante la rueda de los hombres y haciendo que las mujeres se asomen, desde la cocina.

Pero este Gabriel es hombre mal averiguado. No se intimida así como así y menos cuando hay de por medio una muchacha que sabe sonreír y enseñar la blanca dentadura. Don Rafa ha acumulado un odio intenso, desmedido, que le roe las entrañas y le seca la boca. Pero sabe que estas cosas tienen remedio cuando uno puede esconder lo que trae dentro. Y ahora se ha decidido, de una buena vez. Nadie, más que él, cortará la jugosa caña, la más esbelta de todo el cañaveral.

El *Cacarizo* aparece como siempre, esas raras veces en que se deja ver. Encasquetado el sombrero, saboreando un palillo entre los dientes picados. Enjuto, corroído por las fiebres, la mirada penetrante y un aire de quien anda vigilando a una persona invisible. Entre la piel y el cinturón, la pistola, aditamento de su propio cuerpo. Y una cierta solemnidad en sus maneras. Quién sabe por qué, pero

infunde respeto. Tal vez porque no es dado a la confianza. O algo tendrá que ver en ello su fama de buen tirador.

Se acerca a don Rafa, sin apresurarse, midiendo sus pasos y en actitud de quien conoce secretos que ignoran los demás.

Don Rafa lo cala, calculando fiarse de él por primera vez. ¡Pero si ya dos ocasiones...! No hay duda, es hombre de ley. Y eficaz.

—Quiúbole, Andrés. Ya hacía tiempo que no se te veía...

—Ya sabe usted que me gusta que me llamen.

—Por aquí te estamos necesitando...

—Pos nomás dice usted el rumbo, don Rafa, que ya estoy listo.

—A ver, que te sirvan algo.

Don Rafa siente alivio. Está sentado en la silla con respaldo de cuero, bajo la sombra de un tabachín. Allá al fondo se extiende el cañaveral. Todas las cañas cimbrándose y doradas por el sol de la tarde, mientras el calor emerge de la tierra enardeciendo los sentidos y los oídos. El *Cacarizo*, de pie, se enjuaga el sudor del paliacate. Por entre la camisa le asoma una medalla guadalupana.

Pancho trae en un plato los vasitos con tequila, a lado de los limones y la sal. El *Cacarizo* toma el suyo reposadamente. Los dos hombres beben, en una larga pausa. Luego, don Rafa se levanta, toma del brazo al *Cacarizo* y se lo va llevando hacia donde los árboles y la maleza se confunden, al otro extremo del patio. Con una vara se golpea la pierna.

De pronto, en seco, le espeta:

—Por ai anda un tipo que está de más.

El *Cacarizo* calla. Su rostro se conserva impávido. Él comprende lo que quiere decir con ese “está de más”. Otras veces don Rafa le dijo las mismas palabras. Fue cuando las fiebres le agarraron muy duro y don Rafa le dio para que fuera a curarse a Cuernavaca. De ahí vino el trato. En tres años, dos encargos.

La primera, don Rafa dio muchas vueltas para soltárselo. Las cosas salieron bien. Don Rafa es amigo del Presidente Municipal. Ni quién se metiera con él, ni averiguatas, ni nada. La segunda, don Rafa se franqueó pronto. Un asunto de tierras. “Un tipo por ai que está de más”. Se armó gran argüende, pero eso de la legítima defensa impuso el silencio.

—¿Qué te parece si quitamos ese estorbo?

Don Rafa habla muy expresivamente: dándole un encorajinado puntapié a un pedazo de tronco. El *Cacarizo* observa cómo sale disparado el pedazo de vegetal. Y entiende. Un trozo de árbol, entre la maleza, no es un estorbo. Las dificultades están al otro lado, entre los hombres. Entre esos hombres que son trozos de árbol atravesados en el camino y que sí estorban. Y cuando estorban, es que están de más o les tocó su hora. Y si don Rafa arroja el pedazo de tronco, él, el *Cacarizo*, sabe quitar a los otros. Es su oficio. Cada quien pa lo que sirve, pa lo que le jala. Unos deben tumbar cañas. A él le toco, cuando hay su por qué, tumbar hombres que están sobrando.

Además, de algo se muere uno. Y no para nada inventaron las pistolas. Y cuando se tumba a un hombre, como que se tumban cosas que hacen daño por dentro. Hay

días largos y turbios en que todos están contra uno, como que lo andan persiguiendo fantasmas, como que lo acechan ojos que miran feo. Y uno no puede quedarse con el miedo, que va detrás, de puntillas, a querer dar alcance. Uno lo escucha y crece el odio. El odio de tener miedo, de sentirse aplastado, de creerse menos. Es entonces sedante desquite jalar el gatillo para que un hombre caiga y se quede quietecito. Tal vez con él se caiga el miedo. Es un minuto de paz. Y si el miedo vuelve a andar, alguien ha dado dinero porque aquel hombre se quede tirado.

Y hay que vivir. Si otros pagan por eso, el asunto se convierte en oficio. Luego por ai los jueces le dan su justificación. El primer temor se hace confianza. Se firman unos papeles y puede uno ir a emborracharse. Acostarse con una mujer, sin ganas de pegarle. Sólo apretarla, sin hacerle mucho daño.

— Conque, ¿cuento contigo?

— Usted ya sabe. Nomás que por este trabajito, don Rafa, que sean cien pesos. Ya ve que hay más dificultades. Cada día arman más boruca.

Siempre hay que regaterar. Pero don Rafa tiene prisa, prisa de cortar la caña, de saborear a la muchacha.

— Lo dejamos, pues, en cien pesos. Pero prontito te lo echas. Y mucho cuidado, no quiero complicaciones.

— Ésas no las busca uno, don Rafa, pero nunca faltan averiguadores.

— ¡Qué averiguadores ni qué nada, ya sabes que aquí esas cosas tienen arreglo! Ahora te daré el dinero, ya ves que te tengo confianza.

—Usted ya sabe que soy persona seria. Por eso no me gusta jugar, para que no me jueguen. Esté seguro que una guitarra se quedará sin que la rasgue, como usted lo prefiere.

Don Rafa va allá dentro, a traer el dinero. Un fajo de billetes. El *Cacarizo* los cuenta, uno por uno.

—Usted perdone, pero tratos son tratos y los negocios son negocios.

Luego los guarda, entre el pecho, cuidadosamente.

—Bonito el cañaveral, ¿verdad, Andrés? Se va a dar muy bien...

Y al irse el *Cacarizo*, a don Rafa lo golpea la voz de la muchacha, desde la cocina:

*Mariquita se llamaba
la que me lavó el pañuelo.
Lo lavó con agua fresca
y ramitas de romero.*

Sobre el caserío, sobre el cañaveral, cae el silencio nocturno del campo, saboteado por intempestivos ladridos de perros o por el coro obcecado de las ranas. Don Rafa, en el patio da vuelta sobre vuelta. Sobre cada zancada, cada pensamiento. Sobre cada pensamiento, cada zancada: la muchacha, Gabriel, el *Cacarizo*. El *Cacarizo*, Gabriel, la muchacha. Hace días que espera la noticia. Si escucha un galope, se queda tenso, acechante...

El Matías se pone nervioso de pronto y gruñe malgeniudo. Don Rafa lo calla amenazadoramente. Allí, por la

tranca trasera del patio, se perfila la silueta de un hombre. Don Rafa lo reconoce al instante. Se adelanta hacia él.

Frente a frente, ambos hombres se penetran con las miradas. Hay una complicidad ansiosa entre quien anhela saber y entre quien va a decir.

Los ojos de don Rafa son dos interrogaciones apremiantes. El *Cacarizo*, con voz dulcificada, se lo va diciendo:

—Con la de malas don Rafa, no resultó bien el trabajito. El Gabriel ése nomás quedó mal herido. Y vengo a devolverle la mitad del dinero. Tratos son tratos y soy hombre de palabra. Ahora que afine la puntería, cerramos el negocio y me da usted el completo.

NO COMO AL SOÑAR

¿Se atrevería, hoy? Las muchachas estaban en el balcón, sonriendo, con sonrisas que eran misterio y alfileres. Sonrisas que le separaban de ellas, de la Tichi. ¿Se atrevería? El corazón lo golpeó y le vino el impulso de correr, de regresar, de ir por otra calle.

¡Era tan distinto de noche, durante sus sueños! No como allí, a pleno día, con los ojos abiertos, en este pueblo que tenía un nombre concreto, Mocerito, y cada persona era quien era y uno no podía ser de otro modo. En el sueño no. Él entonces era como hubiera querido ser de día: con valor para llegar hasta la Tichi, sin ninguna vergüenza, sin ruborizarse. Simplemente, sin ninguna complicación. Era. Exactamente como no podía ser, en este otro mundo, sintiendo el sol categórico del mediodía, ahora, cerca de su sueño despierto.

“Sí, se lo daré al pasar. Nada más se lo doy.”

Ahí estaban las muchachas, riendo, hablando en voz alta palabras secretas. Muy difícil, muy doloroso darse valor. Había perdido el paso, estaba encendido, turbado. Extendió el brazo.

—Tichi, toma, es para ti...

Ella lo recibió, tras los barrotes que la guardaban en ese territorio fascinantemente ignorado donde vivía. Se rió ella. Se rieron ellas. Adrián caminó aprisa. En un sueño, con los ojos abiertos.

“¿Lo habrá ya leído?”

Tichi: Te quiero mucho. ¿Quieres ser mi novia?

¡Te quiero mucho! Como si se acariciara así mismo, a su corazón, a ella, con infinita y profunda ternura, con lágrimas y sonrisas.

Alberto le preguntó una vez:

—¿Para qué quieres novia? Mejor vamos a la “otra banda” —al otro lado del río— todas las tardes. Comeremos sandías y luego don Pedro nos prestará la canoa.

Por allí vivían los lazarinos y a él le habían prohibido que anduviera por esos rumbos. Pero se había escapado muchas veces con Alberto y habían comido sandías y habían paseado en canoa. Era bonito. Tardes en que allí, en el silencio aislado y proscrito, entre los sembradíos, presentían cosas maravillosas y les bullía la curiosidad de aprender a ser hombres. Como si ese silencio del agua, del cielo y de la tierra revelara lo que aún no sabían: lo que estaba más allá de sus 12 años. Y con Alberto podía platicar de todo. Pero nada igual a pensar, sentir y decir: “Tichi: te quiero mucho”.

¿Lo habría ya leído? “Tichi, te quiero mucho, ¿quieres ser mi novia?”

¡Qué emocionante! Ese mismo papel que escribió él, con una frase que pensó él, ¡en las manos de ella! Como si fuera otra frase y no la misma y dijera más de lo que él había querido expresar: que seas mi novia; que me saludes cuando pase frente a tu balcón; que te vuelvas varias veces a verme cuando estemos en misa; que me escribas cartas de amor; que me quieras como yo te quiero a ti...

— ¡A mí usted me hace los mandados, hijo de la tiznada!

Era un pleito, allí en la tienda del chino Lee. Un hombre salió tambaleándose, enardecido, con una rencorosa alegría en la voz. No podía adivinarse si era estúpidamente feliz o estaba amargamente dispuesto a morir y a matar, confundido por el alcohol.

Tremolando un cuchillo en alto, reculó en tanto otro hombre, puesta la mano en la pistola que llevaba al cinto, midiendo cada paso, sombrío, se le iba acercando. El primer hombre blandía el cuchillo como si quisiera rasgar algo muy íntimo de su adversario, con un rencor hacia él y hacia todo el mundo, empujado por ciegos y extremos resentimientos.

Se habían juntado algunos curiosos, sin que nadie interviniera, ya porque no fuera a suceder nada o porque fuera a suceder todo y nada podría hacerse por evitarlo.

La voz del hombre volvió a sonar, agresiva, hiriéndose a sí mismo y a todo el universo, con agudos que recorrían toda la escala de impiadosas ofensas.

—Hijo de la tiznada... Cabrón desgraciado... ¡Chingue a su madre!

Estallaron dos relámpagos, mientras él, Adrián, se había quedado ahí, absorto, con una expectación asustada, anhelante. Fueron dos ráfagas, la explosión de dos fuegos detonantes que desplomaron al hombre del cuchillo y lo dejaron tendido, boca arriba, desangrándose, ya sin rencor y sin voz.

El hombre de la pistola, todavía con ella en la mano, dio una vuelta alrededor del hombre inmóvil, cual si temiera que el ruido exasperante de los insultos pudiera seguir vibrando. En espera de una sola palabra más para disparar de nuevo, dudando si los dos balazos habían sido suficientes para acallar por toda la eternidad el rencor desesperado del hombre del cuchillo.

Entonces Adrián sintió miedo. Miedo intenso del hombre, de su pistola, de que quisiera dispararle. Miedo de que le fuera a ocurrir lo mismo y pudiera quedar ahí, muerto, sin saber nunca la respuesta de la Tichi ni de lo que habría más allá de los límites de Mocorito y de sus 12 años.

Corrió arrastrado por un pánico que le doblaba las piernas y le vaciaba el estómago y le tironeaba el corazón hasta querer sacárselo por la boca. Hasta la casa de doña Pita, que estaba cerca, como la salvación. Hasta entrar, huyendo con todas sus fuerzas.

—Doña Pita, doña Pita... Concha... Acaban de matar a un hombre.

Estaba lívido y hubiera querido llorar. Y cómo estaría su cara de susto, que Concha, su prima, que platicaba con Rebeca y con Julia, se rió burlonamente:

—Ni pareces hombre, te has asustado como un gallina.

—Es que mataron a un hombre... Yo vi cuando le dieron dos balazos... Está ahí, frente a la tienda del chino Lee, tirado, lleno de sangre.

—Miedoso, ni pareces hombre, que te asustas de eso.

Las muchachas salieron, sin que pudiera explicarles que era valiente, que se había atrevido a darle el papel a la Tichi.

Por eso, brincando la cerca del corral, salió por atrás, a la plaza, hacia la escuela. Avergonzado, confuso, sin poder comprender por qué las gentes, Mocorito, la vida, todo, era distinto a sus sueños y él mismo era otro, capaz de sentir miedo y no, como al soñar, en que podía hablarle a la Tichi, sin vergüenza, con coraje hasta para darle un beso o para presenciar la muerte de un hombre sin lanzarse a correr.

EDMUNDO VALADÉS

Defensor y propulsor del cuento como género y más en particular del cuento hispanoamericano y mexicano, además de ser uno de los primeros promotores de la microficción en América Latina a través de su revista *El Cuento*, Edmundo Valadés se desempeñó durante muchos años como periodista en las revistas *Hoy* y *Así*. Después ingresó al diario mexicano *Novedades*, del que fue reportero, editorialista y director editorial. Al mismo tiempo publicó columnas de crítica literaria en los diarios *El Día*, *Excélsior* y *Uno más uno*.

Fue presidente de la Asociación de Periodistas Cinematográficos de México y de la Asociación de Escritores de México. Valadés recibió las siguientes distinciones: la medalla Nezahualcóyotl, otorgada por la Sociedad General de Escritores de México (Sogem), el Premio Nacional de Periodismo de México en 1981, por su trabajo en la revista *El Cuento*; también recibió el Premio Rosario Castellanos, que otorga el Club de Periodistas de México.

En 1939 fundó la ya mencionada revista *El Cuento*, de la que fue director hasta su muerte y que rebasó los 110 números. En ella, Valadés se dedicó a difundir cuentos y cuentistas poco conocidos, a través de una búsqueda de nuevos talentos y de traducciones de clásicos en otras lenguas que muchas veces realizaba él mismo. La revista se convirtió en una de las más difundidas y

ÍNDICE

Prólogo

5

La muerte tiene permiso

7

Un misterio en el aire

15

Estuvo en la guerra

19

Final

21

La incrédula

23

La marioneta

25

¿Por qué?

27

Memoria

29

Pobreza

31

Sueño

33

La búsqueda

35

Todos se han ido a otro planeta

37

Al jalar del gatillo

45

No como al soñar

53

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de noviembre del año 2017.

Todos los derechos reservados.